quieran darse cuenta del camino que las ciencias han recorrido y de lo que ha caracterizado á cada una de las épocas anteriores, como hoy nosotros tratamos de investigar y de explicarnos los adelantos científicos alcanzados desde los principios de nuestra civilización y de conocer lo que hicieron en pro de la Ciencia las edades que precedieron á la nuestra.

ESTUDIO LITERARIO

leido en la

VELADA LITERARIA EXTRAORDINARIA

dedicada por la

SOCIEDAD SANCHEZ OROPESA

á celebrar el
centenario del nacimiento del poeta mejicano
D. MANUEL CARPIO
la noche del 4 de Abril de 1891.

SEÑORAS Y SEÑORES:

OS es ya conocido el objeto á que está especialmente consagrada esta velada literaria. Nuestra sociedad, que sostenida por vuestra constancia y alentada por vuestros aplausos, ha visto sucederse, con toda regularidad, estas familiares y agradables reuniones en el espacio de más de cuatro años, y que ha tenido ocasión de celebrar en el transcurso de este tiempo el centenario del nacimiento de dos poetas extranjeros de los más grandes que ha producido nuestro siglo. Lord Byron y Lamartine, y el de otros dos poetas mejicanos, el P. Ochoa y D. Manuel Eduardo de

Gorostiza; no podía dejar de aprovechar la oportunidad que hoy se le presenta de honrar de una manera especial la memoria del Sr. D. Manuel Carpio, uno de nuestros poetas más preclaros, nacido en el territorio veracruzano.

Motivos que no es necesario referir impidieron que esta velada se verificase el primero del pasado mes de Marzo, día que de antemano teníamos señalado; mas si en ello hubo falta de nuestra parte, queda ésta ampliamente reparada, puesto que, merced á tal demora, podemos hoy unir á los justos homenajes que vamos á tributar á tan egregio compatriota nuestro, los de un huésped distinguido á quien nuestra sociedad mira con particular estima, y cuyos dictámenes literarios tienen una autoridad de que sin duda alguna carecen nuestras humildes producciones. (1)

Sirvan estas breves palabras de premábulo al presente estudio, y para aprovechar un tiempo que por su brevedad es precioso para mí, entraré desde luego á tratar del asunto de esta conferencia, suplicándoos que me concedáis vuestra benévola atención.

La crítica literaria puede emplear diver-

(1) Alude el autor á la presencia del Sr. D. José María Roa Bárcena, quien se dignó asistir á esta velada y leer en ella un elogio de Carpio.

sos procedimientos para alcanzar su objeto, porque también son varios los elementos que debe tomar en cuenta cuando trata de quilatar el mérito de un poeta ó de un escritor determinado. Puede estudiarse éste en sus obras, haciendo completa abstracción de la época en que le tocó vivir, de las circunstancias que le rodearon, y de lai nfluencia que haya ejercido en sus contemporáneos; ó bien, atendiendo á todos estos accidentes, estudiando con exquisita diligencia todas estas circunstancias, que no por ser exteriores é independientes de nuestra voluntad, dejan de tener grande influjo en las obras del arte, señalarle el puesto que debe ocupar entre los poetas ó escritores de la misma clase. Posible es también, y con más especialidad si de un poeta lírico se trata, examinar sólo la forma exterior del pensamiento, la obra puramente artística, prescindiendo de las ideas y sentimientos en ella expresados; pero se puede también —y aun parece que es obligación del crítico el hacerlo,—penetrar en las profundidades del alma del poeta, sorprender los secretos de su conciencia, vivir con su propia vida, para determinar su carácter literario y darle la parte de gloria que le pertenezca en la obra grandiosa que la poesía tiende á realizar, que no es otra, sino elevar el pensa-

miento y el sentimiento del hombre á regiones más serenas, donde reina la belleza y donde el arte brilla con toda la majestad de su hermosura.

Basta el buen sentido para comprender que el empleo exclusivo de cualquiera de estos procedimientos podría ser causa de gravísimos errores. Por el contrario, todos los elementos que he indicado deben entrar en la crítica literaria, si esta ha de corresponder á la grandeza y dignidad de su oficio. Pero como no todos ellos entran en la misma medida, de aquí procede la diversidad de dictámenes y pareceres, lo cual hace que aun estando todos de acuerdo en la parte principal, como sucede en esta vez, teniendo cada uno su manera especial de estimar las cosas, podamos todos emitir libremente nuestra opinión sin temor de fatigar á nuestro auditorio con repeticiones enojosas.

Así yo, por ejemplo, sin dejar de confesar que en la época en que Carpio se formó aun se conservaban en la literatura española, de la cual la nuestra no había sido hasta entonces más que un pálido reflejo, muchos resabios de la escuela prosaica que prevaleció á fines del pasado siglo, lo cual hace mayor su mérito por haberse librado de tan funesto influjo; sin negar la saludable in-

fluencia que ejerció en nuestra naciente literatura por medio de sus enseñanzas y su ejemplo, en la Academia de Letrán, al lado de Quintana Roo, Pesado y otros célebres literatos; elogiando, como es debido, el raro acierto que tuvo Carpio en consagrar todo el vigor de su inspirado numen á la poesía descriptiva, para la cual tenía maravillosas aptitudes, y admirando, como admiro, la frescura y lozanía de su imaginación, la abundancia de sus recursos poéticos y la naturalidad y pureza de su estilo, doy con toda la preferencia, al emitir mi humilde juicio acerca de él, á otra cualidad suya que me parece ser la que le caracteriza y le distingue, imprimiendo á sus producciones un sello especial que no permite que se les confunda con las de ningún otro poeta. Los versos de Carpio son á mi modo de ver originales, no con esa originalidad que buscan algunos y que erróneamente hacen consistir en expresar ideas y sentimientos extraños á la generalidad de los hombres, sino con esa originalidad de buena ley, que consiste en que la obra artística reciba y conserve el sello de la personalidad de su autor. Lo que admiro y aplaudo en Carpio es lo que, á falta de otra expresión más propia para haceros comprender mi pensamiento, me atrevería á llamar el concierto dichoso

que se advierte en todas sus facultades, la completa y constante sinceridad del sentimiento que le anima, la unidad moral de su carácter literario, la identificación del poeta con su obra; de cuyas cualidades procede la elevación y espontaneidad del pensamiento, la verdad de los afectos y la viveza y naturalidad de las imágenes.

Las poesías de Carpio son sin duda un reflejo fiel de su alma, y su alma era hermosa, porque encontrándose en posesión tranquila de la verdad, y sometiéndose á la ley severa del deber, no se veía turbada ni por las agitaciones de la duda, ni por el embate de pasiones desordenadas. Esa admirable y feliz armonía entre las facultades del alma, que tan raras veces se alcanza, no es sólo condición indispensable de nuestra dicha, sino también fuente de donde nace toda belleza real y duradera. El arte griego no encontró medio más apropiado para expresar la suprema belleza, sino imprimiendo en el rostro y en la actitud de sus dioses esa serena hermosura que los modernos en vano se han esforzado en igualar. El dolor mismo, esa honda perturbación del ánimo, rebelde por su naturaleza á toda ley, y de la cual brotan en la lira de otras poetas acentos de patéticos efectos y á veces de desesperación sublime, es en

Carpio, como veremos después, un sentimiento mesurado y contenido, que estando en perfecta armonía con los demás afectos que el poeta expresa, realza, en vez de turbar, la belleza del conjunto.

El Sr. D. Bernardo Couto, en el prólogo que puso á las poesías de Carpio, nos da á conocer la teoría que éste se había formado del arte. "Pensaba – dice el respetable literato--que la poesía se encierra toda en imágenes y afectos, y que el pensamiento propiamente dicho pertenece á otro distrito, el de la filosofía." Esto, á mi modo de ver, sería negar á la poesía todo fin trascendental, y aun pudiera confundirse semejante opinión con las teorías modernas que sostienen que el arte tiene en sí su propia finalidad, lo cual enuncian con el conocido apotegma de *el arte por el arte*.

Mas yo veo la cuestión de otra manera. Para mí la teoría poética de Carpio no era ni podía ser otra cosa sino una consecuencia lógicamente deducida del concepto general que tenía formado de la vida, del origen y de los destinos del hombre, porque la concepción artística, á causa de la unidad fundamental de nuestro espíritu, corresponde ó debe corresponder siempre á las demás concepciones de la mente. Es cierto que el poeta puede cantar, y de ordinario

cánta las turbaciones pasajeras de su espíritu, y que disfruta del raro privilegio de dar calor y vida, por sólo el esfuerzo de su poderosa imaginación, á ideas y sentimientos que no son sus ideas ni sus sentimientos personales; pero esto, lejos de destruir, no hace mas que confirmar el carácter esencialmente subjetivo que se ha atribuido á la poesía lírica, porque sólo se puede expresar bien y sentir bien lo que nuestra mente acepta como verdadero, aunque sea de una manera transitoria y temporal.

En Carpio, ni como ficción poética se encuentran empleados tales recursos, y esto es lo que he sido osado de llamar la constante verdad y sinceridad de sus afectos, la unidad moral de su carácter reflejándose en la unidad poética de sus obras.

Encontrándose en posesión plena y tranquila de la verdad religiosa, amándola como se ama lo que forma parte de nuestra propia vida, mirando en ella la solución de todas las dudas y el consuelo de todos los dolores; caminando, por decirlo así, y mirando caminar á los hombres y á los pueblos bajo la mirada protectora de la Providencia, ¿qué otra cosa podía ser para él la poesía, sino el medio de comunicar á los hombres, revestidos con el brillante ropaje de la imágen, los afectos sencillos, tiernos y

puros que abrigaba su alma? ¿Para qué pedir al pensamiento filosófico sus inquietudes, á la conciencia sus terrores, al dolor sin esperanza sus amarguras, á la vida, en fin, insondable y pavoroso misterio si no se la contempla á la luz de la fe, el secreto aterrador de su origen, de su destino y de su fin?

¡Cosa curiosa y digna de notarse! Carpio que tuvo tan especial predilección por los asuntos bíblicos, hasta habernos dejado una preciosa serie de cuadros en que ha pintado con vivísimos colores, copiando, por decirlo así, del natural, el aspecto físico de aquellas comarcas que presenciaron los primeros crímenes de los hombres y sus primeras catástrofes, haciéndonos sentir, ya la tristeza y soledad del desierto, ya la frescura de aquellos valles

Poblados de frondosos tamarindos,
De palmeras ruidosas y flotantes,
De naranjos altísimos y lindos
Con blancas flores y hojas resonantes;

Carpio, que parece haber sido testigo presencial de aquella escena, en la cual

Anegada la tierra con sus montes
De cristal una esfera parecía,
Y el Arca blandamente se mecía,
Pasando de horizontes á horizontes;

Carpio, que parece haber escuchado la cólera del Señor, cuando para castigar el orgullo del Faraon

El Nilo bramaba, bramaban los mares,
Bramaban sus costas, silbaban los vientos;
De Tebas y Tanis los hondos cimientos
Del rayo temblaban al rudo estallar.

Carpio, finalmente, que hizo su lectura favorita de ese libro admirable que inspiró al Maestro Fray Luis de León su sencillez sublime, á Herrera su elevada entonación, á Rioja (1) las lúgubres lamentaciones llenas de pompa y henchidas de tristeza que dejaban caer sobre los campos marchitos y las ciudades destruidas; (2) no era, en mi concepto, un poeta bíblico en la genuina significación de esta palabra. Es digno de notarse que en la colección de sus poesías no se encuentre una sola imitación ó traducción de algún pasaje de Job, el poeta sublime del dolor humano, que llega hasta la blasfemia para venir después á la adoración, ni del

[1] Bien sabemos que la famosa canción á Las Ruinas de Itálica á que aquí se alude ha sido atribuida, á lo menos en cuanto á sus rasgos principales á Rodrigo Caro según un manuscrito descubierto en la Catedral de Sevilla; pero conformándonos á la costumbre, hemos citado á Rioja como autor de dicha composición, porque en ello no hemos encontrado inconveniente.

(2) Palabras de Donoso Cortés en su discurso sobre la Biblia.

Miserere, ese canto del alma humillada y arrepentida, cuyas frases como dice un escritor, [1] cuando resuenan en el ámbito de nuestros templos, parece que se arrastran de rodillas por los suelos, con la faz en tierra, pronunciando el *deleiniquitatem meam*.

Carpio tomó de la poesía hebraica mucho del colorido y de la viveza de las pinturas; poco de la rudeza y osadía de la expresión; casi nada del elemento dramático que palpita en las páginas obscuras y misteriosas de ese libro divino que contiene el drama eterno del hombre en sus relaciones con la divinidad, porque Carpio era no sólo un poeta religioso, como se ha dicho de ordinario, que buscaba su inspiración en la poesía del pueblo hebreo, sino un poeta esencialmente cristiano. Resueltos para él los hondos y pavorosos problemas que á la humanidad aterran; iluminado por los resplandores de la fe más viva y más completa, ni la duda le agita, ni el dolor le espanta. Dueño por la misma fe de la clave misteriosa que abre las arcanas puertas de lo pasado y de lo porvenir, del tiempo y de la eternidad; poseedor, si podemos expresarlo así, de los secretos del hombre y de los secretos de Dios, no discute ni se revela co-

[1] Felipe Picatoste. Estudio sobre la Frase, en Religión, Ciencias, Literatura, etc.

mo Job, no vacila como los Israelitas, no desfallece como David, sino que sencillamente cree y adora, haciendo de la poesía, la más bella entre las bellas artes, porque es la más completa, la más universal y la más humana, el medio de hacer participar á los demás hombres de la grandeza de sus pensamientos y de la pureza de sus afectos.

Este me parece que es el verdadero sentido de la teoría poética de Carpio, y así creo que deben entenderse las palabras del Sr. Couto que he copiado más arriba, las cuales comprendidas de otra manera contendrían un absurdo, porque no puede existir la poesía sin un pensamiento filosófico ó religioso que la informe. Así se explica igualmente la predilección de Carpio por la poesía descriptiva, la cual, como todos sabemos, nació ó tuvo su mayor desarrollo bajo la influencia del Cristianismo, cuando tranquilo el hombre respecto de su origen y su destino, descifrado para él el misterio de la creación, pudo comprender y estimar las inagotables hermosuras de la naturaleza. (1)

Carpio no es, pues, como con frecuencia se ha dicho, solamente un poeta religioso, sino un poeta creyente y piadoso, inspirado

(1) Vease nuestro modesto estudio sobre la poesía descriptiva, que se publicó en los *Anales de la Sociedad Sánchez Oropesa.—1881.*

siempre por la idea cristiana, como es fácil demostrarlo, recorriendo rápidamente sus poesías. Así, por ejemplo, y eligiendo como objeto de nuestro estudio la composición al *Sér Supremo,* con que comienza el tomo de sus versos, desde luego se nota la diferencia entre ésta y las composiciones de otros poetas sobre el mismo asunto.

Carpio, en quien la idea del poder y de la grandeza de Dios iba siempre unida á la de su bondad infinita, no se eleva, es cierto, en la composición que acabo de citar, hasta la magnífica entonación de Fray Luis de León, cuando, interpretando los acentos sublimes de David, exclama lleno de lírico entusiasmo: (1)

Bendice ¡oh alma! á Dios,
Señor, tu alteza,
¿Qué lengua hay que la cuente?
Vestido estás de gloria y de belleza,
Y luz resplandeciente.
Encima de los cielos desplegados
Al agua diste asiento,
Las nubes son tus carros, tus alados
Caballos son los vientos.
Son fuego abrasador tus mensajeros
Y el trueno y torbellino...

También es cierto que en la poesía de

[1] Salmo 103.--Benedic, anima mea, Domino.

Carpio la idea de la grandeza de Dios comparada con la pequeñez y fragilidad del hombre no se graba en nuestras almas de una manera tan enérgica como en aquellos hermosísimos versos de Lamartine, que en su laconismo sublime parecen haber agotado cuanto pudiera decirse para dar una idea del Sér infinito y eterno que nuestro espíritu no puede concebir sino con una existencia necesaria.

Il est; tout est en lui; l'inmensité, les temps
De son être infini sont les pures elements;
L'espace est son sejour, l'eternité son âge,
Le jour est son regard, le monde est son image.

Mas en cambio, ¿quién no descubre en los versos de Carpio los afectos de un poeta profundamente cristiano, que canta porque se desbordan de su alma tiernamente agradecida, los sentimientos que le inspira la contemplación de la Bondad Divina, sus inmensos beneficios, atestiguados por toda la creación. Se siente luego que su alma está llena de la idea de Dios, cuando se le oye exclamar:

O tienda yo mi vista en la llanura
Que va á perderse allá en el horizonte,
O penetre la lóbrega espesura
De algún oculto y pavoroso monte;

Ya contemple del mar la vasta anchura
O á la espléndida esfera me remonte,
¡Grande y sublime Sér! en todo ello
Contemplo absorto tu divino sello.

Luego se ve que el Dios de Carpio no es como el Dios de los filósofos, una idea laboriosamente elaborada por el pensamiento, confundiéndose con la idea absoluta de lo Infinito, sino el Dios de la conciencia, el Dios de la humanidad, cuya existencia y cuya grandeza proclaman en concierto todas las lenguas y publican en variado y harmonioso lenguaje todas las criaturas; menos todavía el Dios abstracto de los panteístas, rey solitario, como dice Cousin, relegado más allá de la creación, en el trono desierto de una eternidad silenciosa, sino el Dios personal de los cristianos, el Dios clemente y bueno, á quien el poeta puede dirigir, con toda la efusión de su alma confiada y conmovida, las siguientes palabras:

Tú tiñes las adelfas y las rosas
Aun en botón, en púrpura brillante;
Las azucenas puras y olorosas
Colocas en su tallo vacilante;
Las amapolas frescas y pomposas
Se abren, Señor, bajo tu soplo amante;
Y del tomillo en las pequeñas ramas
Mil flores hermosísimas derramas.

Haces nacer el cedro en las montañas,
Y el sauce á las orillas del torrente
Do nacen los helechos y las cañas,
Y yerbas mil en la estación ardiente:
De la tierra fecundas las entrañas
Con el calor y el agua dulcemente,
Y así los campos de verdor revistes,
Tornando alegres los que fueron tristes.

Sería necesario recitaros todo esta hermosa composición en la que siempre he encontrado belleza y novedad, no obstante tratarse de un asunto cantado por tantos poetas, para comprobar el juicio que he emitido. Nunca he podido leerla, sin que se vengan á mi memoria, por el contraste que con ella forman, aquellos otros no menos hermosos versos de Bermúdez de Castro en los cuales el poeta supone que su alma angustiada, envuelta en las sombras de la duda, busca á Dios por toda la creación sin poder encontrarle, seguramente porque su nombre adorable había sido borrado del fondo de su corazón.

Carpio, ni por una ficción poética hubiera podido exclamar como el poeta español: (1)

(1) Bermúdez de Castro.—Poesías.—Los versos que he copiado confirman lo dicho en el texto: el poeta puede cantar una agitación pasajera de su espíritu, y Bermúdez de Castro estaba muy lejos de expresar en estos versos una duda real y verdadera de su espíritu. En la misma composición canta después las bellezas y los consuelos de la

¿En dónde? ¿En dónde estás? ¿Por qué tu frente
Entre las sombras del misterio velas?
¿Dónde á la vista ansiosa te revelas
Del mortal que te busca por doquier?
¿Cuándo esta duda horrible que me abrasa,
Disipará tu gloria refulgente?
Escucha ¡oh Dios! mi súplica ferviente,
Ven á mi voz, Omnipotente sér.
He recorrido la llanura inmensa
A los trémulos rayos de la luna,
Ni un árbol, ni una flor; fuente ninguna
Derramaba sus ondas de cristal:
Te llamé, te llamé, y el horizonte
Los cielos con la tierra confundía;
Pero silencio general cubría
La extensión del tristísimo arenal.

Menos hubiera podido añadir como el mismo poeta después de haber buscado á Dios vanamente en los altares que la humanidad levanta, y en el santuario augusto de la conciencia:

¡Ay! ¿Dónde estás? Junto al altar en vano
La noche me miró, me alumbró el día;
Ni el alba clara, ni la luna fría
Te llevaron mis lágrimas jamás.
En la frente buscaba del cadáver
Una sola verdad, una creencia.....

fe; mas, en nuestra pobre opinión, esta última parte es débil comparada con la primera. El grito de alegría del alma al encontrar á Dios, debía ser tan apasionado y vehemente como lo fué el grito de angustia y de dolor al buscarle vanamente, interrogando á la creación.

Y nada me indicaba tu presencia;
¿En dónde, Sér Supremo, en dónde estás?

No, repetiré por último, para poner término á esta comparación que en el punto de vista de la belleza artística pudiera ser sobremanera interesante, entre dos composiciones que revelan dos estados diferentes del alma; no, del corazón de Carpio nunca hubieran podido brotar esos desgarradores acentos, que tan hondamente nos conmueven porque nos hacen sentir el trío intenso de la nada; en su poética no podía entrar la negación y la duda como elementos de belleza, porque en su alma tampoco podían tener cabida, ni constituir un estado psicológico que consideraba imposible. (1)

(1) Este estudio comparativo entre las poesías de Carpio y las de algunos otros poetas sobre los mismos asuntos, sería por demás curioso, y en mi concepto, confirmaría la verdad del juicio que he emitido. Además de las poesías que he citado, pudiera también traer á este cotejo el Himno á la Divinidad, de Arolas, no destituido de mérito, que comienza así:

Señor, tú eres Santo; yo adoro, yo creo:
Tu cielo es un libro de páginas bellas,
Do en noches tranquilas mi símbolo leo
Que escribe tu mano con signo de estrellas.

Otra poesía de Meléndez Valdés *La presencia de Dios*, pudiera también servir para un estudio semejante. Su primera estrofa expresa la misma idea que las de Carpio, salvo el sentimiento de inquietud, que en Carpio está sustituido por la confianza. Dice así:

Doquiera que los ojos
Inquieto torno en cuidadoso anhelo,
Allí, gran Dios, presente
Atónito mi espíritu te siente.
Allí estás, y llenando
La inmensa creación, do en alto empíreo
Velado en luz te asientas
Y tu gloria inefable á un tiempo ostentas.

Este sentimiento de fe robusta y de tierna piedad cristiana resplandece en todas las demás composiciones de Carpio. Sin tomar en cuenta aquellas que por la naturaleza de sus asuntos no podían ser de otra manera, y cuyos hermosos versos todos hemos aprendido á repetir de memoria desde niños; sin necesidad de recordar aquí aquel triste y melancólico paisaje que pudiera ser trasladado al lienzo de un artista, en el fondo del cual se destaca la augusta figura del Redentor del Mundo, llenando de asombro y de pavor á los ángeles y á los hombres.

Caminando con paso vacilante
Entre soldados de robustas cotas,

sin traer á la memoria aquellas estrofas á cuya lectura parece que se siente el fuego abrasador del medio día y el vapor de la caliente arena que hace torcer el cuello del espinoso cardo, y que sirven de fondo al cuadro en que se pinta la desolación y el dolor sin semejante de la Madre del Verbo; puede asegurarse que Carpio nunca deja de ser el poeta profundamente cristiano, aun cuando trate de asuntos que parecen extraños á los afectos piadosos que le inspiran.

Así, en una de sus poesías patrióticas, la que lleva por único título *Méjico*, poesía en

que como en todas las suyas predomina el elemento descriptivo, después de pintar con variados y vivísimos colores, en versos que han llegado á ser populares, la hermosura incomparable de nuestro cielo, nuestros campos siempre cubiertos de verdura, nuestros volcanes coronados de eternas nieves, el poeta que no puede olvidar que es creyente, exclama al terminar:

Es mi voto postrero patria mía,
Pedirle al cielo que dichosa seas,
Pedirle al cielo que otra vez te veas
Como en un tiempo cuando Dios quería.

El te devuelva tu riqueza y galas,
Y te enjugue tus lágrimas hermosas;
Y te corone de laurel y rosas,
Y te cubra benigno con sus alas.

Y en la otra, *Méjico en* 1847, escrita, como su título lo indica, bajo la impresión de amargura y tristeza que causó en el ánimo del poeta la desgraciada guerra con los Estados Unidos del Norte, mirando los desastres que al fin sufrimos, como un castigo del Cielo por nuestras guerras fratricidas, dice movido de santa indignación:

¿Cuál es el campo que la guerra impía
Una vez y otra vez no ha ensangrentado?

¿Y cuál de las montañas no ha temblado
Al trueno de pesada artillería?

¿Qué ciudades, qué pueblos ó desiertos
No han visto los más bárbaros estragos?
¿Dónde están los arroyos y los lagos
Que no tiñó la sangre de los muertos?

En medio á tanto mal, el incensario
Llenó de humo los templos ofendidos;
Y cánticos, y lloros, y gemidos
Sonaron en el lúgubre santuario.

En vano todo; el indignado cielo
A Méjico en su angustia desampara,
Y el terrible Jehová vuelve la cara
A los pueblos sencillos de otro suelo.

Aun en sus poesías puramente históricas, en esa preciosa colección de sonetos, que es como una hermosa galería de cuadros en que nos dejó pintados de mano maestra el amor de Fedra, la despedida de Héctor, la muerte de César, etc., así como en los otros en que figuran personajes históricos modernos, se advierte, en cuanto la naturaleza de los asuntos lo permite, y lo consiente la estrechez de la forma, que es un poeta cristiano quien juzga de los hombres y de las cosas. Es un error el suponer que de la poesía descriptiva esté desterrado de una manera absoluta el elemento personal; tal suposición

es absurda porque el hombre todo lo llena con la inmensidad de sus afectos, todo lo anima con la intensidad de sus pasiones; y la naturaleza y la historia, como asuntos de puras descripciones, serían, la primera, un templo vacío en que no se levantaría ni una sola voz para adorar al Creador, y la segunda, una ruina gigantesca cuyo silencio no se vería turbado ni por el ronco zumbar del huracán, ni por el agudo silbido de los vientos. Carpio, en los sonetos primeros que he citado, no toma de los asuntos paganos sino aquellos sentimientos que por su universalidad pertenecen á todas las regiones, y al tratar de los asuntos históricos propiamente dichos, en nada desdice de aquella gravedad templada y triste, de aquella superioridad serena con la cual, conforme al criterio cristiano, se juzgan los sucesos de la historia.

Me falta tiempo para hablaros de Carpio como poeta erótico; pero todos saben que la primera entre sus composiciones de esta clase se distingue por la suavidad, ternura y pureza de los afectos; cualidades todas que sólo pueden concebirse en el amor, mediante la transformación que este sentimiento universal sufrió bajo la influencia saludable del Cristianismo. El *Turco*, de Carpio, como se ha dicho en són de censura, es un

cristiano disfrazado con el traje de los sectarios de Mahoma; y yo diré más todavía; es el poeta mismo que aun privando á su composición del calor que puede dar la expresión de los sentimientos personales, y ocultándose, por una especie de pudor que prueba la limpieza de su alma y la severidad de sus costumbres, bajo un personaje ficticio, ha sabido expresar en hermosos y encantadores versos, la intensidad de una pasión casta y pura, contenida por el respeto debido á la mujer á quien se ama, y aumentada por los tormentos de la ausencia. ¿Quién no recuerda aquellas estrofas tan naturales, tan sencillas, que parecen haber brotado espontáneamente de la pluma del poeta, y que una vez leídas se graban para siempre en la memoria?

Tanto, sin tí, me agobian los pesares,
Que á veces en la noche me importuna
Ver levantarse la redonda luna
Allá detrás de los hirvientes mares.

¿Qué me interesa en el distante cielo
El centellante Orión y Cinosura,
Si tan lejos estoy de tu hermosura
Unico bien que sin cesar anhelo?

¿Qué me importa sin tí la blanca nube
Volando incierta por el aire leve?